

LA CONTRIBUCION DE NICARAGUA A LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

MANUEL PEREZ ALONSO, S. J.

Presuntuoso y aun absurdo puede parecer a primera vista el solo título de este artículo, y sin embargo, es tan desconocido el tema que su misma ignorancia justifica hasta cierto punto la desconfianza del lector. Aun la afirmación más general de que los EE. UU. es parcialmente deudor al mundo hispánico de su propia independencia es para muchos, sin exceptuar los mismos americanos, noticia fresca por no decir quimérica. Así lo reconoció una comisión del Senado Americano en 1954 al afirmar que ya era tiempo de conocer la verdad histórica respecto a la *deuda de gratitud* que el pueblo americano tenía contraída con España y dejar de pensar que toda la ayuda dada a la Revolución Americana provenía de la generosidad francesa. (1) Y no olvidemos que a fines del siglo XVIII Nicaragua, igual que el resto de Hispanoamérica, era España. Nicaragua, al igual que Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, México y Venezuela junto con la España peninsular fueron fichas más o menos decisivas en esa grande estrategia militar que dio su independencia a las Colonias Británicas nacidas a la vida política con el nombre de Estados Unidos de América. El pueblo americano así lo reconoció en aquellos mismos días y mostró su gratitud a España tanto oficial como privadamente, pero el tiempo por su parte y la apatía española—lenta en vindicar para sí la parte que le correspondía—hizo olvidar la generosidad española y dejar el campo libre a la alabanza francesa.

Ambas naciones, Inglaterra y España, poseían a este lado del mar inmensos territorios y aunque su régimen político era distinto, la condición social y económica de ambas colonias era muy semejante. España no necesitaba de grandes luces para comprender que los aprietos en que se encontraba entonces la Gran Bretaña serían muy pronto problemas propios de sus mismos dominios americanos, y por eso no obstante su anglofobia, tenía que proceder con mucha cautela y mostrar en el mejor de los casos una estricta neutralidad. Lógicamente no podía acceder a la invitación de su aliada Francia, de unirse a ella

en la lucha abiertamente contra Inglaterra, reconociendo a los rebeldes americanos. Esto último, sobre todo, implicaba una contradicción muy profunda: España era el poder colonial más fuerte del mundo. Su alianza con los angloamericanos llevarían dentro de sí la aceptación implícita de una futura independencia hispanoamericana que entonces estaba muy lejos de otorgar. Y por eso resistió tenazmente las halagadora invitaciones y constantes presiones de Versalles y Philadelphia. El talento diplomático de sus Ministros de Estado y de su Embajador en Versalles, el Conde de Aranda, le haría encontrar un camino intermedio en que sin aliarse abiertamente con las Colonias, les proporcionaría una ayuda eficaz. (2)

1 — España Simpatiza con la Revolución

En un punto no era nada ambigua la posición española ante Inglaterra: su falta absoluta de simpatía por el gobierno de Londres. Presentes estaban en la mente de todos los españoles las constantes depredaciones sufridas en sus propios territorios ultramarinos y en su comercio marítimo por mano de ingleses, pero más que todo ahí estaba Gibraltar clavado como una espada en el propio corazón de España. El sentimiento de esta ofensa y la razón de la "prudencia política" se disputaban el camino a seguir.

Para Francia, en cambio, la mejor manera de recuperar sus laureles perdidos era imponer a Inglaterra una devastadora derrota. Conforme a los principios mercantilistas de la época el modo más certero de arruinar a Inglaterra sería privarla de sus colonias, y así, si el movimiento independentista para ayudar a los angloamericanos podía realizarse a través de envíos secretos de armas, pertrechos y dinero, era el deber de los estadistas franceses encontrar inmediatamente el camino para hacer estos envíos. Beaumarchais, músico y compositor, banquero y cortesano asumió repetidamente el papel de propagandista de la causa, y bajo la hábil dirección del agente americano Arthur Lee comenzó a bombardear la cancillería de Versalles con diversos memoriales apremiando a dicho gobierno a socorrer prontamente a los americanos. No necesitaba mucha presión para seguir este camino el Ministro de Estado Conde de Vergennes, de suerte que doblegado por la presión combinada de Vergennes y Beaumarchais, consintió Luis XVI a 2 de

(1) El Comité de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos se refería al al hecho con estas palabras: "Spain has made an offer of friendship and association. It is not the first time that Spain has come to the aid of the American people. We have been commonly led to believe that all of our aid in the American Revolution was derived from French generosity. Such is not the entire story. A great amount of money, certainly in proportion to its financial capabilities, was contributed by Spain; but equally important the movement of Spanish vessels and the deployment of Spanish troops in the then Spanish possessions during the Revolution was a factor which has been too long ignored by our historians. The writings on this subject have been meager... Spain did not seek or accept repayment". Report on European Trip of the Subcommittee on Defense Activities. September 9 to October 11, 1953 of the Committee on Armed Services United States House of Representatives Under the Authority of H. Res. 125. Washington. Gov. Print. Off. 1954, page 14.

(2) Para un tratamiento más amplio de este conflicto diplomático véase: Juan F. Yela Utrilla. España ante la Independencia de los Estados Unidos. Lérida. 1925. 2 vols.

Mayo de 1776 en ayudar inmediatamente a los colonos rebeldes.

2 — El Pacto de Familia

Bajo los términos del Pacto de Familia, Vergennes tenía que obtener el consentimiento de España para este programa de ayuda secreta. Era Ministro de Estado español el italiano Grimaldi, y su origen genovés lo había inclinado siempre por el concepto europeo del equilibrio de poderes. Además tenía él varias metas que alcanzar en el evento de una guerra europea. España y Portugal estaban trabadas en una guerra subterránea por el asunto fronterizo en las regiones del Plata. En caso de extenderse la guerra hasta Europa no sería difícil para España conquistar Portugal y de un golpe acrecentar el poderío español en Europa y en América a costa de las posesiones portuguesas. A los comienzos del verano de 1776 Grimaldi aprobó los planes de Vergennes y envió al embajador español en Francia, Conde de Aranda, un crédito por un millón de libras tomesas para ayuda de los americanos, si bien debería administrarse secretamente. (3)

El primer paso estaba dado, ya a partir de esta fecha (27 de Junio de 1776), en vísperas de la declaración de independencia de Estados Unidos, la ayuda de España a las Colonias Americanas —secreta primeramente, más o menos descubierta luego, y francamente declarada al final— no se interrumpió jamás hasta la completa libertad y paz de las dichas colonias.

España había logrado encontrar la fórmula para ayudar a los rebeldes, no obstante, el peligro que dicha ayuda entrañaba para ella misma y que nunca dejó de preocuparle: No puede reconocer como súbditos independientes a los Americanos, pero simpatizando en el fondo con su causa (un tanto por la simpatía general que despertó dicha causa en Europa y otro tanto por su anglofobia secular) se une decididamente a Francia en la lucha contra Inglaterra y contribuye en esta forma, aunque indirecta, a la estrategia general de la guerra de independencia. Por lo bajo y extraoficialmente gastará millones en socorrer directamente a Jorge Washington.

3 — España Entra en la Guerra

No. es el tema de este artículo tratar sobre la contribución del mundo hispánico a la independencia de Estados Unidos, sino únicamente la parte que cupo a Nicaragua. Sin embargo, como una muestra de la eficacia de la ayuda española a los rebeldes americanos tomemos nota del primer socorro que envió España conjuntamente con Francia: (4)

216 cañones de bronce.
209 cureñas.
27 morteros.
29 ajustes.
12.826 bombas.

(3) Grimaldi a Aranda. Madrid 27/VI/1776. Carta Reservada No. 3. En el Archivo Histórico Nacional. Madrid. Estado, leg. 4072.

(4) Tomamos estos datos de un despacho reservado (el No. 8) de Aranda a Grimaldi fechado en París a 7 de Septiembre de 1776 y que copia-mos de la minuta autógrafa que se conserva en el Archivo Histórico Nacional. Madrid. Estado, Leg. 4072.

51.134 balas.

300.000 unidades de pólvora.

30.000 fusiles con sus bayonetas.

4.000 tiendas de campaña.

30.000 vestidos completos.

A este envío siguieron otros no menos abundantes en vituallas, armamentos o dinero. Pero la ayuda más eficaz que prestara España a los colonos fue su declaración de guerra a la Gran Bretaña, si bien lamentaban esa situación diplomática —difícilmente comprendida— de una alianza con Francia, pero no con las Colonias a quienes tan sólo se ligaba indirectamente.

Ya casi había Grimaldi convencido a Carlos III de la conveniencia de la guerra cuando llegaron a España nuevas de la derrota sufrida por Washington en la batalla de Long Island. El mismo Vergennes echó pie atrás en sus compromisos americanos y llegó hasta felicitar a la corte en Londres por la victoria. Con mayor razón España se quedó más determinada que nunca a mantenerse fuera del conflicto hasta la llegada del Conde de Floridablanca al Ministerio de Estado en sustitución de Grimaldi. Esto era en 1777. Floridablanca no fue enemigo de la política beligerante de Grimaldi, pero la orientó por un cauce todavía más realista: España ayudaría a América, pero sin perjudicarse. Por eso los primeros meses de Floridablanca en el Ministerio fueron de dura lucha entre los apremios de Vergennes, Aranda y los agentes americanos por un lado, y el propio don José Moñino, Conde de Floridablanca, por otro, muy renuente a que España se arriesgara en dicha empresa. Prefirió hacer un intento de paz entre Inglaterra y sus Colonias, pero partiendo del reconocimiento de la independencia de éstos por la primera, cosa que naturalmente Inglaterra no aceptó. Esto enfureció a Carlos III y fue éste el momento aprovechado por el embajador francés en España. Conde de Montmorin quien habló así al Rey: "Vuestra Majestad es el Abraham de la Casa de Borbón, y Dios le ofrece ahora el momento decisivo para vengar las graves ofensas inferidas por Gran Bretaña. Quiera V. M. unir a las de Francia las grandes fuerzas marítimas que tiene preparados, e Inglaterra quedará humillada en esta campaña". Desde este momento Carlos III no vaciló en declarar la guerra a Inglaterra, y como advierte D. Francisco de Saavedra en su Autobiografía "su decisión fue tal que no lo pudieron disuadir sus ministros ni juntos ni separados". (5)

4 — La Guerra llega a Hispanoamérica

Apenas se declaró la guerra y el Rey informó a sus súbditos, las posesiones inglesas en América comenzaron a sentir sus efectos. La primera fue una pequeña e insignificante población en la costa de Honduras, Saint George's Key, pero cuyo asalto fue muy sentido de los ingleses. El Gobernador de Jamaica al informar a Londres del pequeño desastre se aventuraba a atribuir el éxito de los españoles a que como su Rey estaba ya dispuesto a romper con Inglaterra había podido avisar con tiempo a sus súbditos ultramarinos ganando así la delantera al ser-

(5) Francisco de Saavedra. Autobiografía (MS) 1, 161v/163v. En el Archivo Saavedra, Sevilla. Aprovecho la presente oportunidad para agradecer a los herederos del Sr. Saavedra el uso irrestringido de su archivo que me fue tan útil, sobre todo para el estudio de la cooperación nicaragüense en la guerra de independencia americana.

vicio de información inglesa. (6) Lo cierto es que este golpe levantó los ánimos de los súbditos británicos que al mando del Comandante William Dalrymple asaltó con éxito las fortificaciones de Omoa y decidió al Gobernador Dalling planear detenidamente el ataque a Nicaragua, sueño dorado y largamente acariciado por el Gabinete de Londres y en cuyo estudio se llevaban ya gastadas los ingleses grandes sumas. Durante años habían tenido diversos agentes-espías viviendo en la costa atlántica y haciendo pequeñas incursiones al interior del país para recoger informes, trazar mapas y levantar planos de fortalezas y caminos. (7) El comienzo de las hostilidades les daba ahora la ocasión propicia tanto más que, según todos los informes que se tenían, la zona del lago de Nicaragua —su principal objetivo— estaba muy poco defendida.

El proyecto más reciente se basaba en los informes de un tal Smith que durante bastantes años había vivido entre los indios mosquitos y penetrado tierra adentro levantando mapas bastante precisos. Los comerciantes jamaquinos invirtieron grandes sumas en este "negocio", pues como tal se veía. La expedición se organizaría en Jamaica partiendo hacia el puerto de San Juan, debería remontar el río, tomar el Castillo, establecerse en la isla de Ometepe como base segura de operaciones, construir una cadena de puestos militares en las islas y costas para mantener el paso libre por el lago. Debería atacarse luego Granada, y si fuere posible León y El Realejo, y todavía más: si fuere cierto el informe de un camino entre el río San Juan y Cartago, atacar también esta ciudad. (8)

Las instrucciones de Dalling a sus subalternos son bien minuciosas: desde la estrategia con que debe atacarse cada sitio, los informes que deben recogerse, y el cuidado de los enfermos hasta el trato que deberá darse a los indios. Es curioso que este capítulo ocupa primordial lugar en las diversas instrucciones. Al Capitán Polson, por ejemplo, se le instruye detalladamente, y vale la pena transcribir parte del instructivo: "... y yo también le ruego tener presente el siguiente párrafo del último despacho del Superintendente de la Costa, que "el Comandante de la expedición debe ser intruído con respecto a evitar cualquier molestia a los indios, quitándoles su propio botín, que puede causar una fuga en masa entre ellos, y resultar fatal para nuestra empresa". Y añadía Dalling de su cuenta: "A esto debo añadir mis propias órdenes a todos los oficiales bajo su mando: que no interfieran ellos en manera alguna con los indios sino por orden de Ud., y que miren que los soldados tengan muy poco trato con ellos a fin de prevenir la posibilidad de cualquier disgusto en esta parte; debe inculcárseles esto del modo más enérgico, aclarándoles que el descui-

do de este deber tan necesario causará la dimisión de los Oficiales de voluntarios, mientras a los Oficiales de las Fuerzas Regulares del Rey se les llevará a juicio ante una Corte Marcial General. La necesidad de mantener a tal gente (los indios) contentos, es obvia; la inconstancia y aun cosas absurdas provenientes de ellos no deben combatirse". (9) Y el mismo Gobernador Dalling instruíía así al Cap. Dalrymple respecto a los indios de la isla de Ometepe y lugares vecinos en Nicaragua: "Debe usarse todo medio posible para ganarse la buena voluntad de los indios, y publicarse un bando, prometiendo a los Indios Españoles y otros muchas ventajas: dándoles seguridad para sus cosechas, estableciendo comercio con ellos y asegurarles que serán establecidos en la tierra conquistada, sostenidos por las armas del Rey de la Gran Bretaña, y que serán exonerados de cualquier clase de impuestos". (10) Era evidente que el inglés no miraba la campaña de Nicaragua como una mera escaramuza de guerra, sino como una oportunidad de asestar un golpe mortal a la Monarquía española en un sitio muy sensible ya que entre las instrucciones llevaba lugar primordial la inspección del terreno para la construcción del canal interoceánico. Debían establecerse sólidamente en el lago como el mejor lugar estratégicamente hablando para dominar después la Provincia entera.

Con estas instrucciones y después de largos preparativos partieron de Jamaica y de los establecimientos de la Costa Atlántica de Honduras y Nicaragua, rumbo a San Juan, las diversas embarcaciones transportando dos mil quinientas tropas veteranas a las que se habían añadido muchos civiles y gran número de zambos y mosquitos, superando la cifra de tres mil en total. Iba al frente de la expedición el Coronel Stephen Kemble y bajo sus órdenes los Coroneles John Polson, William Dalrymple y Sir Alexander Leith. El grueso de la expedición arribó a la desembocadura del San Juan en Marzo y todavía en Abril siguieron llegando tropas. Precedía el barco real ULISES y lo seguían las fragatas RESOURCE, HORATIO, PILGRIM, HINCHINBRKE y MINONA de 36, 32, 28, 24 y 20 cañones respectivamente.

5 — Lord Nelson of the Nile

La expedición no tuvo problema en el puerto de San Juan, como tampoco al remontar el río, fuera de lo trabajoso que siempre ha sido, hasta llegar a la vista del Castillo junto al río y cerca del lago. Los informes que tenían los ingleses sobre la debilidad de esta fortaleza eran ajustados a la verdad, sólo que pasaron por alto contar con un factor muy importante: el valor de sus defensores que sorprendió al ejército sitiador. Volvió a repetirse la hazaña de Rafaela Herrera, aunque esta vez en forma más anónima, e igual que dieciocho años antes la perseverancia de la pequeña guarnición del Castillo aliada con lo insalubre del clima derrotó por completo al invasor.

Diecinueve días tardó en rendirse la pequeña guarnición reducida a cincuenta hombres desprovistos de víveres y municiones. En las Capitulaciones firmadas por

(6) Dalling a Wm. Dalrymple. Jamaica, Oct. 20th., 1779: "I am extremely sorry for the loss of St. George's Key; but the Spanish Government, being determined to break with us in spite of our generous conduct and attention to them as a neutral Nation, of course could give the necessary intimation of War to their Colonies before it was in our power to do the same. "Entre los papeles del Coronel Stephen Kemble publicados por la New York Historical Society. The Kemble Papers. Collections 1883/1884. Vol. II, p. 189.

(7) Véase, por ejemplo, la narración de D. Francisco Saavedra que los vio dichos proyectos en Jamaica. Manuel Ign. Pérez-Alonso. War Mission in the Caribbean. Washington, D. C. 1959. PP. 53/59.

(8) Las instrucciones al Comandante de la expedición Coronel Stephen Kemble en The Kemble Papers. Vol. II, pp. 197/204; al Comandante William Dalrymple, ib. II, pp. 187/191; y finalmente a Capt. Polson, ib., pp. 191/196.

(9) John Dalling al Cap. Polson. Jamaica, s.f. Kemble Papers. II, pp. 195/196.

(10) John Dalling al Cap. Com. William Dalrymple Jamaica, 20/X/1779. Kemble Papers II, p. 188.

el triunfador Polson y el vencido don Juan de Ayssa al atardecer del 29 de Abril de 1780, el inglés reconocía la bravura de los defensores la estipular que "... en favor de la gallarda defensa efectuada por el Comandante del Castillo, se permitirá a la guarnición salir marchando a banderas desplegadas, redoble de tambores, mechas encendidas, etc. (11)

Se encontraban en la fortaleza cinco oficiales. Había cuatro sargentos, tres cabos, tres tambores, treinta y ocho soldados veteranos, ocho reclutas, diecisiete artilleros, sesenta y tres milicias negros y dieciocho remeros, incluyendo algunos civiles de diferentes razas, mujeres, niños y esclavos llegaban en total a doscientas sesenta y dos personas. De éstos, dieciséis mujeres y once niños permanecieron en la fortaleza esperando transporte para las ciudades del interior de Nicaragua, seis esclavos fueron capturados por el enemigo, tres milicias habían sido despachados previamente a Granada y Guatemala como correos, once hombres murieron durante el sitio, ciento cinco perecieron de enfermedad después del rendimiento de la fortaleza y los restantes perecieron en el huracán, como veremos luego.

Es verdad que técnicamente las tropas nicaragüenses fueron derrotadas al rendirse el Castillo, pero en una evaluación total de la campaña, ésta fue desastrosa para los ingleses, más que a Nicaragua. Menos de la cuarta parte de los invasores salió con vida y el resto hubo de huir enferma de muerte en su mayor parte. Los capitales invertidos por los comerciantes de Jamaica se habían perdido sin reportar utilidad alguna y lo que es más se culpaban unos a otros llegando a causar una profunda división entre la gente militar. La población misma de Jamaica estaba toda dividida en dos bandos, culpando los más a Polson, pues argüían —y con razón— que si en vez de gastar energías y desdenando el fuertecito de San Juan se hubieran dirigido a Ometepe y el interior del país el triunfo hubiera sido seguro, pero por otra parte el público ignoraba que Polson obedecía órdenes concretas del Gobernador Dalling. La Gazeta de Kingston no trata de otro tema durante meses.

El mismo Coronel Stephen Kemble anota en su Diario algunos de estos comentarios: "Miércoles, Febrero 28 de 1781. Comí con el Brigadier Campbell; me recibió muy finamente, y tengo toda razón para pensar por su conversación que mi conducta ha sido aprobada por todo el mundo". El Sábado 3 de Marzo anota: "Fuí a Kingston. Encuentro que la conducta de Sir Alexander Leith ha sido lo más infame". Leith era uno de sus subordinados en la expedición a Nicaragua. Y finalmente el domingo 4 de Marzo añade: "Ví a Sir Peter Parker, quien tronó contra la expedición. Comí con el General Garth, quien también está desatisfecho". (12)

Por otra parte el prisionero español. Saavedra escribía en su Diario en Kingston: "Tanto más sentían los habitantes de Jamaica este chasco cuanto que habían contribuido con seiscientos mil y más pesos a los gastos de la empresa; y el dolor de haber sacrificado tanto dinero inútilmente y de ver burladas sus alegres esperanzas de que se abriese tan vasto teatro a su comercio tenía divi-

didada la isla en facciones cuyo calor transcendía a los principales Jefes, y de los ánimos había pasado a los papeles públicos, donde se satirizaban unos a otros con toda la licencia y falta de decoro que inspira el espíritu de partido en los gobiernos republicanos". (13)

Efectivamente, el descalabro de Nicaragua era el tema favorito de toda conversación en la isla: desde el tremendo fiasco político hasta la ruina económica que había acarreado a muchas fortunas, por no decir nada del duelo que suponía a muchos hogares la pérdida de tantos hombres y la enfermedad de los restantes. (14)

Entre los derrotados ingleses que hubieron de retirarse a Jamaica gravemente enfermo, se encontraba el Capitán Horacio Nelson, el más tarde famoso Lord Nelson of the Nile, triunfador de Trafalgar. Era esta su primera asignación marítima y venía al mando de la fragata Hinchinbroke. Aunque muy joven entonces llamó ya la atención de sus superiores por sus grandes cualidades militares y humanas. Al partir Nelson del Río San Juan para Jamaica al día siguiente de la rendición del Castillo escribía Polson a Dalling: "El Capitán Nelson, entonces en el Hinchinbroke, arribó con treinta y cuatro marinos, un sargento y doce infantes de marina. Me faltan las palabras para expresar lo obligado que quedo a ese caballero. El era el primero en cualquier comisión, bien fuera de día o de noche; a penas hubo cañón que no fuera dirigido por él o por el Lugarteniente Despard, jefe de ingenieros, que se ha esforzado en toda ocasión..." (15) A pesar de su espléndido comportamiento en el combate, no debió ser muy grato el recuerdo que Nicaragua dejara en la memoria de Lord Nelson del Nilo.

6 — Después del Desastre

Desastre para los ingleses y para Nicaragua, pues más dolorosa que la pérdida momentánea del Castillo lo fue para Nicaragua el fin trágico de sus prisioneros. Los Comandantes ingleses trataron a sus cautivos con verdadera galantería. Las capitulaciones habían sido convenidas entre Ayssa y Polson habiendo previamente presentado el primero sus condiciones que le fueron prácticamente aceptadas por Polson sin cambio alguno substancial. Polson convenía en embarcar la población militar del Castillo y dejarla en algún puerto español de Norteamérica. No se lo comunicó a Ayssa, pero sus intenciones eran dejarlos en Nueva Orleans, siendo la única condición que dieran su palabra de honor de no volver a tomar las armas

(13) Saavedra, Francisco. Diario de Don . . . durante la comisión que tuvo a su cargo desde 25 de Junio de 1780 hasta 20 del mismo mes de 1783. MS autógrafa en Archivo Saavedra, Sevilla. c. p. Anotación hecha en Kingston el 19 de Noviembre de 1780.

(14) La misma prensa de Kingston, en que abundan noticias sobre la expedición, anunciaba aquellos días (Royal Gazette, Kingston May 30th, 1781) la aparición de un librito muy interesante para la historia de nuestra medicina, escrito por el Dr. de la expedición Thomas Dancer. Dice así el anuncio: "The Day is Published, PRICE 6s 6d / A Brief / HISTORY / of the / Late Expedition / Against / Fort San Juan, / So far as it relates to / The DISEASES of the TROOPS: Together with some / Observations on CLIMATE, IN- / FECTION and CONTAGION, / And the several / Endemical Complaints of the West Indies. / By Thomas Dancer, M. D. / Physician to the troops in that service / Kingston: Printed by D. Douglas and W. Aikman, and sold by them at the Royal-Gazette Printing Office, and at W. AIKMAN'S shop, in Kingston; by A. Aikman at the Printing Office, in Spanish Town; and by J. Fannin, Printer, at Montego-bay". Royal Gazette (May 30, 1781) n. 116, p. 422. Por lo curioso y extraordinariamente raro de esta publicación hemos querido dar la descripción completa, aunque larga.

(15) Cor. Polson al Gobernador Dalling. Castillo de San Juan, 30/IV/1780. En The Kemble Papers, II, 211/212

(11) Capitulaciones firmadas entre el Gobernador don Juan de Ayssa y el Coronel John Polson en el Castillo a 29 de Abril de 1780. En Kemble Papers, II, 212/215.

(12) Journals of Lieut. Col. Stephen Kemble The Kemble Papers, II, 63.

contra el Rey de la Gran Bretaña hasta tanto no hubiese un cange de prisioneros. Sin embargo, deberían ir primero a Jamaica adonde se dirigían los restos de la fracasada expedición. Con la sola excepción del Gobernador don Juan de Ayssa, su Teniente don Pedro Brizzio y el Alférez don Antonio Antoniotti perecieron todos ahogados a la vista de Sabanalamar, Jamaica, cuando el huracán de octubre de aquel año surgió por completo la mencionada ciudad. Pero oigamos el relato de tan luctuoso acontecimiento relatado por los tres sobrevivientes en Kingston a un oficial español, don Francisco de Saavedra quien lo anota en su Diario a 19 de Noviembre de 1780, día mismo en que los tres prisioneros mencionados visitaron al también prisionero de los ingleses Saavedra: "Los prisioneros del castillo de San Juan, reducidos a los tres oficiales dichos (Ayssa, Brizzio y Antoniotti) uno de artillería (Don Gabino Martínez), otro de ingeniero (Don Joaquín de Isasi) y cuarenta soldados fueron conducidos a Jamaica en un mal barco mercante (el MONARCH que se hizo a la vela de San Juan el 16 de Agosto). Tuvieron una larga y penosa navegación a causa de las calmas y malos tiempos. Arrivaron a Sabanalamar, puerto de la citada isla, la víspera del gran uracán. Ayssa, Brizzio y Antoniotti no quisieron seguir por mar a Kinstown porque se hallaban tocados de escorbuto. Desembarcaron en el mismo día y al siguiente se pusieron en marcha por tierra antes de amanecer. No habían andado dos leguas cuando empezó el uracán con tal violencia que el pueblo de Sabanalamar quedó sumergido con todos sus habitantes. Se hizo mil pedazos en el mismo puerto el buque que llevaba los prisioneros sin que escapase nadie de él, y los tres oficiales que quedándose en el barco o no saliendo tan presto del pueblo hubieran experimentado igual catástrofe, se salvaron por una felicidad inaudita. Habían perdido todo su equipaje en el buque naufragado, y se hallaban casi desnudos; pero los ingleses los trataban con aquella estimación que la justicia rinde al mérito a pesar de la enemistad, considerando y con razón la buena defensa que habían hecho del castillo de San Juan, como la causa principal de haberse malogrado aquella empresa". (16)

No debemos pasar por alto esta última observación de Saavedra, pues indudablemente que si Polson se hubiera dirigido al interior del país ignorando el pequeño fuerte del San Juan o hubiera éste sucumbido luego, las fuerzas inglesas hubieran quedado victoriosas.

7 — Evaluación Final

El servicio mayor que el mundo hispánico prestara a la causa de independencia americana no estribó en la alianza de España y las Colonias rebeldes que Carlos III no podía lógicamente firmar, sino en la declaración de guerra a la Gran Bretaña por la que consiguió distraer sus esfuerzos llevando la guerra a América española y aliviando simultáneamente la presión que las fuerzas inglesas ejercían sobre las tropas del General Jorge Washington. En este respecto, y considerada la estrategia de la época, el servicio prestado por España a los Estados Unidos fue superior a que si hubiera unido sus fuerzas a las americanas y hubieran presentado batalla conjunta.

(16) Saavedra. Op. cit. sub 19/XI/1780.

En esta otra forma, en cambio, Inglaterra se vio precisada a hacer un despliegue de fuerzas sin precedente en un teatro bélico que suponía varios miles de kilómetros. La batalla de Nicaragua, por ejemplo, supuso de menos para Washington: tres mil tropas, bastantes barcos de guerra y transportes, municiones, armamentos y vituallas que de otra manera hubieran pesado sobre los ya muy urgentes colonos.

Tal vez nada resuma la aportación española como las siguientes palabras de uno de los mejores historiadores de este conflicto, Juan F. Yela Utrilla: "La declaración de guerra hecha a la Gran Bretaña por nuestro Gobierno en 1779 señala por sí sola lo más importante de nuestra intervención en el logro de la independencia colonial. Es cierto que entramos en la guerra anglo-franco-americana sin un pacto o convención previa con los americanos y sin haber reconocido siquiera su independencia; no enviamos ejército alguno expedicionario a pelear por la libertad norteamericana y perseguimos, si cabe, principalmente nuestros intereses; pero no obstante todo esto, al ponernos frente al poder británico con todas nuestras fuerzas, dividiéndole y haciéndole atender a tantos sitios diversos, prestamos a las Colonias un servicio infinitamente mayor que hubiera sido el de enviar ejércitos españoles a Norteamérica, que hubieran podido ser superados por las fuerzas inglesas, no teniendo que atender sino a un único punto, donde se habrían acumulado sin duda alguna todos sus esfuerzos". (17)

Nicaragua aprendió la lección y se preparó para cualquier futura invasión. El tantas veces referido don Francisco Saavedra, simpática personalidad política del siglo XVIII que comenzaba entonces una carrera que había de culminar en el Ministerio de Estado, se interesó vivamente por nuestra situación a penas libertado de Jamaica. El 15 de Febrero de 1781 informaba al Ministro de Indias, don José de Gálvez, lo que hasta entonces había hecho para repeler cualquier ataque futuro a Nicaragua: envió como primera provisión a Guatemala para informar al Presidente don Matías de Gálvez (hermano de don José) a don Antonio Antoniotti, uno de los sobrevivientes del Castillo; había conseguido que se enviaran de Nueva España cuatrocientos hombres para reforzar las tropas de Nicaragua; se urgió al Virrey de Santa Fe para que enviara al Gobernador de Nicaragua desde Panamá toda la artillería posible, y desde la Habana el mismo Saavedra envió cien quintales de pólvora. Dispuso se estableciera una constante vigilancia en barco de las costas de Nicaragua y estableció un correo regular quincenal entre el puerto cubano de Batabanó y la costa de Honduras. (18)

Los años siguientes, hasta la firma del tratado de paz con Inglaterra Nicaragua se mantuvo en pie de guerra, vigilante ante los ataques ingleses que después de su derrota se redujeron a azuzar a zambos y mosquitos para que molestaran las poblaciones vecinas, sin mayores consecuencias. Corta fue, si se quiere, la contribución nicaragüense a la guerra de independencia americana, corta pero eficaz y por lo mismo digna de tenerse en cuenta y sacarla del olvido.

(17) Dr. Juan F. Yela Utrilla. Op. cit. 1,781.

(18) Saavedra a José de Gálvez. Habana, 15/11/1781. MS, borrador autógrafo. En Archivo Saavedra. Sevilla.